

Introducción

Esclavismo en evolución

«¿Habéis buscado en el infierno? ¡Allá la encontraréis!» El averno de Recife, una de las localidades del nordeste brasileño donde llevaba a cabo una investigación sobre la explotación sexual infantil, resultó ser un callejón cochambroso que desembocaba en el subterráneo de un edificio y formaba una especie de plazoleta en la que se habían improvisado parapetos contra la lluvia. Ese lugar de atmósfera lóbrega era el último abismo al que acudían los marginados más desesperados: adolescentes de preñez avanzada sin más hogar que la calle acudían para esnifar cola, los camellos vendían dosis de supervivencia, y ancianos marchitos y derrotados por la desventura imploraban y solían conseguir alivios sexuales. Pese a estar en el centro antiguo del puerto de Recife, ese infierno constituía el espacio de «prostitución periférica», según aclaró Roseane Rocha, asistente social de una organización no gubernamental local llamada Ruas e Praças que me ayudaba a encontrar a Shirey, una de las víctimas de la explotación sexual adolescente a la que había entrevistado tiempo atrás. «Periférica» venía a designar una subcategoría de la prostitución en la que las prácticas habituales eran marginales, ocasionales, intercambios de favores o trueques: se acudía allí cuando el resto de posibilidades habían fracasado. Pero Shirey ni siquiera estaba en el infierno¹.

La siguiente zona de búsqueda fue Boa Viagem, el barrio de las afueras de Recife en el que se concentran hoteles y locales de ocio frecuentados por los turistas, que llegan de Europa y Norteamérica para bañarse en las playas de aguas tropicales protegidas por la barrera rocosa que da nombre a la ciudad. En el nordeste, una región que está considerada estadísticamente como la más pobre de Brasil, la afluencia de visitantes se traduce de manera axiomática en turismo sexual y Boa Viagem era y es una de las capitales principales de ese fenómeno: relaciones desinhibidas y a simple vista si las concubinas son mayores de edad, de forma subrepticia en habitaciones de apartoteles y similares si las acompañantes son menores. Shirey seguía sin aparecer y, sentados en los bancos solitarios de un parque, Roseane Rocha reflexionaba sobre la dificultad, muchas veces insuperable, de que víctimas de abusos como Shirey pudieran enderezar su vida. La explotación, como la esclavitud, venía a decir Roseane, también encadenaba con argollas mentales. «Mira mi peinado», dijo, requiriendo la atención hacia las trenzas rasta que, reforzadas con extensiones, le caían por encima de la espalda. «Es una forma de afirmar mi negritud, de reivindicar mi condición y eso es un proceso que me ha llevado años asumir. Los negros brasileños nos sentimos inferiores porque nos han educado para que nos sintamos así y romper con eso no es nada fácil. Pienso que mi tatarabuela aún fue una esclava», expuso Roseane.

Era la tercera noche consecutiva que intentábamos localizar a Shirey y, siendo casi las dos de la madrugada, ya reeclábamos de conseguirlo. La noche húmeda quedaba atemperada por la brisa. Decidimos dar por concluida la búsqueda y nos pusimos a caminar hasta que avistásemos un taxi. Y, entonces, de improviso, Shirey cruzó por delante de nosotros.

Tenía las pupilas dilatadas, iba cabizbaja y vestía andrajos —un top de bikini y unos pantalones cortos ajustados de color rosado— parecidos a los de hacía tres años, la primera vez que la entrevisté. Ya era mayor de edad, pero seguía considerándose una esclava sexual. Cayó en la prostitución a los 13 años. A los 19 ya había sido madre tres veces. Dos años atrás, con la ayuda de Ruas e Praças, había dejado la calle, había vuelto a la casa materna —en Peixinhos, una favela paupérrima y extremadamente violenta cercana a Recife— y había montado un negocio de venta ambulante. El asesinato de un hermano, involucrado en una trama de estupefacientes, forzó a que su familia huyera de la favela, a que vendiera el pequeño negocio para pagar el entierro y, en definitiva, llevó a que se esfumara cualquier esperanza. En Brasil muchos niños y adolescentes carecen de la más mínima oportunidad de decidir sobre su futuro. A Shirey se le había escabullido una posibilidad, tal vez la única.

La esclavitud, que en la actualidad parece un fenómeno de tiempos muy pretéritos, fue abolida oficialmente en Brasil en 1888. En realidad, el vasto territorio fue el último país americano en derogarla, 23 años más tarde que Estados Unidos. Durante la campaña electoral del 2002, en un mitin celebrado en la ciudad interior de Belo Horizonte, Lula da Silva, el primer obrero que acabó convirtiéndose en presidente de la república brasileña, auguraba a los asistentes un cambio de política y estilo insólitos «desde la independencia, ya hace poco más de un siglo». Lula, entonces candidato, evitó citar la fecha concreta y prefirió fingir que le fallaba la memoria para no herir las susceptibilidades de los sectores conservadores con los que había pactado una alianza electoral imprescindible para asegurarse la victoria, pero su mensaje llevaba implícito

que para él, al igual que para sus seguidores del izquierdista Partido de los Trabajadores, el verdadero año de la independencia fue 1888 en lugar de 1821, cuando acabó formalmente la tutela colonial portuguesa.

Expolio humano

La historia de Brasil hubiera sido muy diferente sin el esclavismo, como evoca el museo afrobrasileño de Salvador de Bahía, la ciudad que hoy en día encabeza el renacimiento de la identidad africana entre la comunidad de color del país sudamericano. El museo, que se halla en el turístico y monumental barrio llamado Pelourinho —nombre que designaba a la piedra utilizada para ajusticiar a los esclavos poco sumisos— descubre las costumbres y artefactos de diversas tribus africanas cuyo legado sigue patente en expresiones artístico-religiosas como el baile *candombe*, y un panel informativo muestra las rutas del tráfico humano que desde el siglo XVI llevaron al llamado nuevo continente la mano de obra que hizo posible la rentabilidad de las plantaciones de azúcar o café sobre las que se asentó la economía imperial de Lisboa.

Aunque se desconoce la cifra exacta de esclavos que fueron vendidos a Brasil y, en general, solamente pueden hacerse conjeturas del alcance preciso que a escala mundial tuvo ese comercio humano que hinchó las ganancias de las potencias europeas, asociaciones señeras como Anti-Slavery International (Grupo Internacional contra la Esclavitud), fundada en 1839, consideran que hubo entre 12 y 28 millones de esclavos durante los tres primeros siglos posteriores al desembarco en América. Los expertos tienen constancia escri-

ta de 27.000 viajes de barcos negreros, que entregaban a los siervos encadenados y volvían a cruzar el Atlántico con destino a Europa cargados de materias primas, especias y recursos materiales extraídos de las tierras sometidas. Se calcula que un 20% de los apresados murió antes de llegar a puerto y que Sudamérica fue el destino de prácticamente la mitad de ellos².

En cualquier caso, caben pocas dudas de que las economías de Gran Bretaña, España, Portugal, Holanda, Francia y, posteriormente, Estados Unidos, se fortalecieron con la esclavitud. La agricultura extensiva fue rentable, dinamizó el comercio a nivel internacional y arrojó dividendos que permitieron la acumulación de capital, que luego se pudo invertir en las incipientes fábricas nacidas de la revolución industrial; aumentaron las flotas navales y hubo que ampliar los puertos comerciales; se necesitaron financiaciones que alentaron y consolidaron los grandes negocios banqueros; los comerciantes de té, tabaco y esclavos, entre otros productos característicos de los imperios coloniales, amasaron fortunas y acabaron formando una clase burguesa predominantemente urbana. Los inicios del capitalismo, tal como Adam Smith lo interpretó, convivieron con la práctica de la esclavitud, que se desarrollaba principalmente en las haciendas agrícolas. Sería imposible explicar el crecimiento de puertos como Liverpool o Amsterdam, o comprender el auge de la industria algodonera de Estados Unidos, sin la esclavitud, pese a que la declaración de independencia del nuevo país entronizaba los ideales de igualdad. Solamente entre 1790, año del primer censo federal de Estados Unidos, y 1810, cuando ya se habían consolidado las grandes plantaciones de algodón, se pasó de 697.897 a 1,2 millones de esclavos en Estados Unidos³.

La práctica de la esclavitud fue anterior a las potencias europeas con territorios de ultramar. Las sociedades egipcia y griega cimentaron su poder, y esta última logró el bienestar que permitió el desarrollo de una filosofía e ideología política que alumbró la idea de democracia gracias a una mano de obra esclavizada. La Roma imperial copió el esquema de las polis helenas. Las tribus árabes tejieron una red regional de comercio de seres humanos y antiguas culturas africanas, americanas y polinésicas privaban de libertad y obligaban a trabajos forzados a los enemigos capturados en guerras. De hecho el esclavismo progresa a partir del momento en que surgen civilizaciones sedentarias que protegen el derecho a la propiedad privada, disponen de artesanía metalúrgica capaz de generar herramientas de apresamiento eficaces, se plantean una actividad productiva para explotar las tierras, que implica la creación de un mercado para los excedentes, y sufren de escasez de mano de obra⁴. Aun así y pese a la existencia de caravanas y rutas establecidas en África, la esclavitud fue un fenómeno de alcance limitado y local hasta el siglo XVI, cuando las metrópolis europeas, que impusieron su superioridad técnica, se lanzaron a una carrera inédita por el control de continentes enteros y acabaron forjando la primera economía precursora de la globalización. En esta economía los dominios sometidos aportaban materias primas y mano de obra barata o esclava y las colonias procesaban, manufacturaban, comerciaban y consumían⁵.

A grosso modo, la estructura de la economía colonial tampoco difiere excesivamente de la división internacional de la economía de nuestros tiempos. Sin embargo, las potencias defienden sus intereses sin recurrir a sistemas racistas, esclavistas o de administraciones coloniales sino que actúan a tra-

vés de las fluctuaciones de los mercados, los acuerdos bilaterales o multilaterales y los organismos e instituciones internacionales con potestad para elaborar y aplicar recomendaciones y préstamos que interfieren en la soberanía económica de los estados modernos independientes. La globalización actual favorece y reproduce esquemas y prácticas herederas de la época postcolombina, donde una serie de países se especializan en monocultivos agrícolas dedicados a la exportación—incluso en detrimento de sus prioridades alimenticias—o están convirtiéndose en los nuevos parques industriales—con mano de obra barata y derechos esquilados— de las naciones ricas.

Puerta sin retorno

La condena de los antepasados de Roseane y de Shirey—cualquier piel negruzca del Brasil actual delata las raíces esclavistas— empezó en África, posiblemente en alguna puerta sin retorno como la que ahora sigue abierta, mostrando el océano de par en par, en la isla de Gorée⁶. Sin retorno porque se salía de ella para no volver nunca, porque cruzarla equivalía a abandonar el umbral de la libertad para siempre. El portillo abierto en una gruesa pared, tan bajo como para que un adulto de estatura media tenga que agacharse, tiene pocos rasgos distintivos pero forma parte ya del simbolismo universal de una época de vergüenza para la humanidad: da a una estrecha orilla pedregosa mecida por la marea y parece la salida natural de unos túneles angostos a cuyos lados se distribuían las celdas de reclusión. Cuesta poco imaginar la pasarela de tablones que conducía al bajel, donde el ilota afron-

taba la travesía que los historiadores han acordado en denominar «pasaje intermedio», la angustiosa y agitada transición marítima entre la captura y la venta.

Gorée es una pequeña isla frente a Dakar, la capital del actual Senegal. Una colina en un extremo rompe su perfil llano y la hace más visible conforme el ferry de pasajeros se acerca. La protuberancia natural fue aprovechada por los europeos para instalar una fortaleza cuyas murallas han resistido a los siglos. Al inicio de la subida, una cancela señorial sirve de entrada principal a la Maison des Esclaves, que fue uno de los grandes centros de confinamiento de la costa occidental africana. Según la distribución de la casa, la puerta sin retorno queda en el innoble muro trasero. Solamente en el litoral de lo que entonces era la Costa de Oro y ahora es Ghana se levantaron 36 ciudadelas como la de Gorée cuya misión era retener, pesar, seleccionar y alimentar a los esclavos hasta que fueran embarcados. Aunque el complejo carcelario de Gorée, construido en 1776 por los holandeses, registrara un volumen de trata de negros inferior a otros centros de Ghana, Costa de Marfil, Benín o Sierra Leona, la reconversión en museo y la conservación del espacio tal y como era en aquella etapa abyecta —la planta superior hacía de mansión para los propietarios del negocio mientras los esclavos eran hacinados y mortificados en el piso inferior— lo han convertido en un recordatorio palmario de la brutalidad de la esclavitud.

Cuando el ferry regular desde Dakar llega a puerto, los jóvenes chapotean en la playa. En Gorée se hace vida en la calle, como es habitual en Senegal y en África, pero se detecta una actitud especial de orgullo, una impresión detectable en aquellos lugares usurpados o maltratados durante siglos. Los ciudadanos de la India independiente nunca pasean con

tanta altivez como cuando lo hacen por las calles empinadas de Simla, la estación de verano que los dominadores ingleses utilizaban para reponerse de los vapores veraniegos de Delhi, simplemente porque en esa época colonial se les estaba prohibido. Los sudafricanos de color que han acumulado cierto nivel adquisitivo en la última década de libertad gustan de ir a jugar a Sun City, el equivalente a Las Vegas de la sabana austral africana que en la época del *apartheid* institucional era de acceso restringido a los blancos. Gorée acoge ahora a los visitantes y, en realidad, ha sido declarada patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO, pero los lugareños se esfuerzan por vindicar la posesión de esa fortaleza que les pertenece y que no permitirán que nunca más vuelva a acoger la infamia.

Joseph Ndiaye, el anciano que guarda las llaves de la Maison des Esclaves y que muy ocasionalmente hace de guía a los turistas por los pasadizos, repite con sosiego: «No puedo imaginarme lo que pasó intramuros, los latigazos, los alaridos de dolor, cómo era posible que los dueños viviesen arriba oyendo a los esclavos debajo; no lo comprendo»⁷. La aflicción que se apodera de Ndiaye es contagiosa. Nadie se libra del estremecimiento cuando se asoma a la puerta sin retorno. Incluso el presidente estadounidense George W. Bush, cuando recorrió Gorée en 2001, estuvo a punto de echar al traste los consejos de sus asesores, pero finalmente midió sus palabras. «Una de las más grandes migraciones de la historia fue también uno de los más grandes crímenes de la historia», dijo con pesadumbre y con la escasa originalidad que rezuman sus discursos⁸. Fue la forma políticamente correcta de pedir perdón sin que la disculpa diera pie a eventuales reclamaciones de compensaciones económicas.

Igual de comedidos fueron los delegados europeos en la Conferencia de Naciones Unidas contra el racismo celebrada en septiembre de 2001 en la Sudáfrica del *postapartheid*, el sistema de racismo institucionalizado que perduró hasta finales del siglo XX. En esa cumbre malograda por discrepancias sobre el conflicto palestino-israelí, la vieja Europa denunció la inmoralidad del esclavismo pero nadie tuvo la osadía de vincular el crecimiento económico de las potencias coloniales a la libre disposición de mano de obra esclavizada ni a sugerir compensaciones por el expolio humano de un continente.

Presente sin perdón

Vivimos en una época de lamentaciones públicas por los errores del pasado, de excusas por vergüenzas históricas amplificadas por los medios de comunicación de masas. La Iglesia católica abjuró durante el papado de Juan Pablo II de los pecados de otros tiempos; Mijail Gorbachov deploró los abusos del comunismo; Alemania reitera, cada vez que rebrota el antisemitismo en su interior, la repulsa de los crímenes nazis; las islas oceánicas han mostrado su arrepentimiento por el maltrato de los aborígenes... Pero el examen de conciencia raramente se extiende a un análisis de las actitudes del presente, más sujetas al debate mediático y a los intereses políticos partidistas que expuestas a un juicio sobre su trascendencia y repercusiones futuras. Sembramos desigualdad y explotación sin preocuparnos de que, tal vez, nuestros descendientes deberán, algún día, deplorar públicamente los procesos actuales.

¿Qué evaluación merecerá en los siglos venideros la tan controvertida globalización? ¿Nos encontramos ante un proceso de expansión universal sin precedentes de la democracia y de los derechos civiles y sociales o, por el contrario, asistimos a una nueva fase de dominación más disimulada e indirecta pero igualmente eficaz por parte de las potencias económicas mundiales? ¿Cuántos perdones futuros se están labrando en el presente? La respuesta a estas preguntas escapa al objetivo intrínseco de este libro, un compendio de reportajes ampliados, revisados y actualizados sobre las víctimas de la explotación en medio mundo realizados durante la última década. Pero las próximas páginas, al menos, pretenden inducir a la reflexión, intentan mostrar vestigios de irracionalidad, atropellos e injusticias en la época supuestamente más igualitaria de la historia.

La esclavitud ha sido revocada oficialmente en todos los continentes pero, pese a la persecución legal, perdura en nuestros días y, como consecuencia de la globalización de la economía, de forma más extendida y menos residual de lo que se pueda barruntar, agravada con nuevas formas de explotación que horadan los derechos humanos más básicos. Y lo más grave: hasta hace poco las formas extremas de abusos sexuales, laborales o infantiles parecían prácticas residuales que afectaban exclusivamente a los países más desfavorecidos a nivel económico, sojuzgados por dictaduras execrables o que seguían sin poder liberarse de estructuras sociales desiguales muy antiguas. Pero en la actualidad los casos de explotación y trata de personas afectan prácticamente a todos los países del mundo. Y, por supuesto, también a España. Un estudio reciente reveló que alrededor del 70% de las prostitutas que ejercen en España son de origen extranjero y que las redes mafiosas que las

controlan se han multiplicado en el último lustro. Según la Europol⁹, se han detectado víctimas de la trata de personas en España de 25 nacionalidades diferentes.

Progreso clandestino

El fenómeno de la nueva esclavitud se ha visto favorecido por los avances en comunicaciones y el abaratamiento de los transportes, pero también por la actitud de las naciones ricas de impedir que la acusada tendencia hacia la liberalización de los movimientos de capitales, bienes y mercancías no vaya acompañada de la libertad de movimiento de las personas. El primer mundo necesita de mano de obra inmigrante e incluso precisa de colectivos foráneos que rejuvenezcan sus sociedades envejecidas, pero las restricciones de entrada abocan a la clandestinidad a buena parte de los emigrantes y por tanto facilitan un abuso sistemático y regular de quienes soñaron con abrazar el progreso que les estaba vedado en sus países de origen. Es la historia de Ismail, maestro en paro en Marruecos que tardó seis años en poder regularizar su situación en Madrid, y durante ese tiempo aceptó empleos en la construcción sin beneficiarse de las medidas de seguridad adecuadas, compartió piso con otros 15 emigrantes a cambio de un alquiler abusivo y, sobre todo, convivió con la angustia: «No sabes lo que es salir de casa y no saber si ese día será el último que pasarás aquí, si te detendrán y te expulsarán o si tendrás un accidente y tu familia nunca más sabrá de ti»¹⁰.

Brasil y Estados Unidos, dos países de riqueza y demografía dispar aunque con el denominador común de haber florecido y haberse enriquecido en la época del esclavismo legalizado,

padecen la lacra de la esclavitud moderna. En una entrevista concedida al diario brasileño *O Globo*, el presidente del Tribunal Superior Laboral de Brasil, Francisco Fausto, calculó que al menos 25.000 personas eran obligadas a trabajar en condiciones de esclavitud en el país, y se refería únicamente a las víctimas que laboran en la agricultura o en la extracción del carbón vegetal con el que se produce arrabio, elemento básico para la fabricación del acero. Por norma el engaño consiste en prometer un empleo en un poblado del interior de la selva amazónica y una vez allí requisar el sueldo con el pretexto de que la víctima debe costear alojamiento, comida y transporte, un gasto que acaba siendo superior al supuesto salario. Pero hay otros tipos de abusos. UNICEF añade la cifra de 100.000 niños y niñas que, como Shirey, son explotados sexualmente en Brasil, cuarto país clasificado en este escabroso *ranking*, sólo superado por Tailandia, India y Estados Unidos¹¹. Igualmente, Michael Shelby, fiscal del distrito sur de Texas, reconoció públicamente que en Estados Unidos entran cada año 16.000 personas en contra de su voluntad. De ese flujo de personas traficadas, 8 de cada 10 son mujeres y acaban siendo esclavas sexuales, empleadas domésticas, trabajadoras clandestinas de la industria textil, empleadas de hostelería o jornaleras del campo¹².

Si se apela al concepto clásico de esclavitud, que entroncaría más con la idea de servidumbre tal y como se entendía en la figura de la encomienda de los indígenas sudamericanos respecto de los señores españoles o de los siervos de las plantaciones algodoneras estadounidenses, actualmente unos 27 millones de personas viven privadas de libertad y son obligadas a algún tipo de trabajo no remunerado en todo el mundo¹³. Pero según el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, esclavitud sería la «sujeción excesiva por la cual se ve

sometida una persona a otra, o a un trabajo u obligación», lo que extiende el abanico de víctimas potenciales. Si se suma la gente que padece trabajos serviles aunque disponga de cierta libertad de elección y un sueldo precario, se podría ampliar el grupo hasta cifras incalculables. Algunas organizaciones hablan de 200 millones de esclavos, y otras incluyen a los 2.000 millones de personas pobres del planeta, que subsisten con unos ingresos inferiores a dos dólares diarios. Muchas entidades hinchán deliberadamente sus estadísticas para provocar reacciones caritativas entre las conciencias del primer mundo y otras que pretenden ser más objetivas se encuentran con las enormes dificultades de cuantificación de fenómenos que en muchas ocasiones son subrepticios e ilegales, envuelven a redes mafiosas y se originan en países donde los censos y los registros son poco fiables. A modo de ejemplo, la Organización Internacional del Trabajo valora que en el mundo actual hay 211 millones de niños entre cinco y catorce años que trabajan, aunque resulta casi imposible discernir qué número o porcentaje de ellos ejerce un tipo de trabajo en condiciones peligrosas y que puede acarrear secuelas físicas, intelectuales y emocionales, requisitos que marcan la frontera entre una labor razonable o comprensible como ayudar a la familia en las tareas de cuidado del ganado, y la explotación del niño que consume las horas del día tejiendo alfombras en telares insalubres.

Grilletes virtuales

La esclavitud moderna tiene contornos y fronteras difusos, y tampoco es tanto una cuestión de cifras y baremos como de situaciones, injusticias y círculos viciosos que la perpetúan.

Los grilletes contemporáneos suelen ser virtuales, como corresponde a la nueva economía global, aunque convenientemente engrasados por la violencia física, la amenaza, la confiscación de pasaportes o la carencia de alternativas en un sistema productivo viciado. La esclavitud contemporánea se diferencia de la tradicional en que es indiferente al color y raza, aunque irremediamente afecta a colectivos pobres, azotados por las guerras o sin expectativas de futuro. Kevin Bales, uno de los mayores expertos mundiales del fenómeno, ha señalado como características fundamentales de la esclavitud moderna la ausencia de propiedad legal sobre el esclavo, el coste de adquisición bajo, la alta rentabilidad que obtiene el explotador, y el carácter temporal del abuso, pues opta por ir renovando las víctimas en lugar de obtener provecho de las mismas durante décadas¹⁴. Después del tráfico de armas y de drogas, la trata de personas es la actividad ilegal más lucrativa del mundo y mueve un negocio que ronda los 7.000 millones de dólares anuales¹⁵, tiene ramificaciones en un centenar de países e incorpora entre 600.000 y 800.000 nuevas víctimas cada año.

En los países del subcontinente indio, que en términos absolutos acogen a la mitad de los 27 millones de esclavos estimados en todo el mundo, persiste la costumbre de transmitir las deudas de padres a hijos y así se eternizan las ataduras a los acreedores usureros, que se encargan con todo tipo de artimañas de que nunca acaben de ser saldadas. Generaciones de familias indias se ven obligadas a pulverizar ladrillos, un trabajo que acostumbran a realizar mujeres y niños. En las estribaciones del Himalaya nepalí comprobé cómo los campesinos que practican una agricultura de subsistencia y participan de una economía casi premonetaria acaban empeñando

su futuro y el de sus descendientes al solicitar préstamos para afrontar los gastos de entierros y de las dotes para sus hijas casaderas. En Bangladesh, un encargado local del Banco del Pueblo de Mohammed Yunus, el impulsor del sistema de microcréditos, consistente en prestar dinero a aquellos a los que un banco comercial nunca les daría crédito, me explicaba que la principal dificultad para los clientes que querían montar un negocio era protegerlos de los intermediarios desaprensivos «que les toman el pelo, multiplican mal a posta el precio de pago y les aplican descuentos por conceptos inexistentes».

Estos abusos de larga tradición y amparados por la rígida jerarquización de unas sociedades estructuradas en castas coexisten con otras prácticas arraigadas como el secuestro de niños para emplearlos en telares textiles, en burdeles o en talleres donde ejercen de aprendices no remunerados, o el recurso al trabajo infantil en las plantaciones de cacao de Costa de Marfil o de algodón en Egipto o en las minas de extracción de coltán, elemento imprescindible en la fabricación de teléfonos móviles y ordenadores, en el Congo y Uganda. Por no citar el reclutamiento de muchachos y muchachas en las guerras que afligen a África o en conflictos asiáticos como el de Sri Lanka: en la pasada década Naciones Unidas contabilizó que se habían movilizado a trescientos mil niños-soldado.

Pero a la lista del aprovechamiento humano se han añadido nuevas fórmulas como el comercio internacional de sirvientas domésticas a las que se confisca el pasaporte, la trata de mujeres organizada internacionalmente para la prostitución, la explotación sexual de niñas favorecida por el turismo sexual o la venta de esposas —por ejemplo, de Vietnam al Japón—. Y, por último, la explotación de una clase trabajadora

perjudicada e impotente ante las exigencias de abaratamiento de costes de las grandes empresas de los países ricos. Camisetas, faldas, pantalones o zapatillas deportivas, pero también ordenadores o aparatos reproductores de música, sean fabricados en Honduras, Marruecos o China, o en Estados Unidos o España, son productos que alimentan la injusticia de un sistema de empleo que perpetúa la pobreza. Tras la caída del comunismo como ideología alternativa al capitalismo, el mundo monolítico del neoliberalismo ha emprendido una nueva revolución de la división internacional del trabajo, donde las economías ricas dictaminan las condiciones laborales de los países empobrecidos y donde las naciones más acomodadas favorecen una llamada tática de la inmigración para crear bolsas de economía sumergida que resquebrajan los valores del bienestar social. Y en el corazón del proceso, los nuevos esclavos, o víctimas de la explotación, presentados como dinamizadores de la economía. Los perdedores de la historia, antes y ahora.